

[Publicado en *El Periódico de Aragón*, 11-V-1999]

Universitarios

Guillermo Pérez Sarrión

Toda reflexión sobre los males de la Universidad que no pase por cierta autocrítica sigue mal camino, queda incompleta. Y esto, que debiera ser habitual, es infrecuente, al menos si tomamos como referencia principal, aunque no única, la Universidad de Zaragoza. En la comunidad universitaria se ha desarrollado el hábito de pensar que siempre los problemas que surgen los causan los otros: estudiantes, profesores, gobiernos regionales, el ministro de economía, el parlamento que toca, el partido en el poder. La solución al problema, sea cual sea, ha de venir siempre de fuera en forma de decreto ministerial o consignación presupuestaria.

Pero esto es un puro engaño. Bastantes males no vienen de fuera, se generan y se enquistan dentro. Se ven, aunque no se quieran ver, a poco que se miren. Y consisten por ejemplo en una deficiente práctica docente e investigadora, de una cultura académica que en las dos últimas décadas ha crecido en el seno mismo de la comunidad universitaria y resulta urgente cambiar. Y para ello no hace falta subvenciones ni decretos ministeriales, sino un análisis introspectivo que hoy por hoy apenas se hace.

Muy llamativo resulta comprobar, por ejemplo, cómo ciertas prácticas docentes llegan a admitirse como habituales, por no decir normales, siendo deficientes. Es el caso del mal llamado sistema tutorial anterior al tercer ciclo. Resulta preocupante comprobar cómo en algunas carreras de humanidades con un elevadísimo número de asignaturas optativas los estudiantes, que en teoría cursan la carrera bajo la dirección de un tutor, de hecho no lo tienen. La tutoría de estudiantes de licenciatura y diplomatura es asunto de la mayor importancia; pero hoy, fuera del tercer ciclo (doctorado), el sistema tutorial simplemente no existe como tal. Y ni siquiera se considera un problema.

Más llamativo aún es el efecto que producen en la docencia prácticas como la multiplicidad de exámenes, los apuntes de clases magistrales o el propio calendario académico. La cultura de apuntes se da en todas las carreras pero en algunas llega a niveles simplemente ridículos, y esconde un serio problema científico. Es innegable que en unas disciplinas el aprendizaje es más secuencial que en otras, pero se olvida demasiado que la docencia no es sólo transmitir información sino también desarrollar habilidades y valores intelectuales: creatividad, sociabilidad investigadora, capacidad de crítica, de búsqueda de fuentes, de presentación de problemas. Todo esto ¿dónde se aprende? No desde luego en una práctica que con demasiada frecuencia se dirige sobre todo a producir apuntes para preparar exámenes. Ahí está sin duda una de las raíces de la incultura de no pocos titulados universitarios. Un dato no engaña: los campus mismos, rodeados físicamente por copisterías, que posibilitan toda una industria de apuntes de todo tipo. Apuntes que muchas veces ni siquiera son propios, sino copiados de otro que pasa por buen estudiante, asiste a clase, tiene buena letra, y "lo coge todo".

Elemento complementario es la auténtica obsesión por los exámenes parciales, en la creencia que el aprendizaje es sólo cosa de memorizar contenidos. Hay cuatro convocatorias de exámenes (diciembre, febrero, junio, septiembre) y un calendario académico trufado de fiestas y "puentes". Santos y difuntos, Inmaculada, constitución, navidades, Santo Tomás-San Valero-cincomarzada, semana de acogida al estudiante, apertura paralela, patrón de cada centro, de cada edificio, San Lorenzo en Huesca (es en agosto ipero se traslada al curso!), semana santa, San Jorge, patronos provinciales y locales, etcétera. Las fiestas rompen el ritmo de trabajo: en Europa éste se concentra en períodos breves e intensos que ahorraran mucho dinero en alojamiento y servicios y dan al profesorado más tiempo para dedicarse a la investigación.

Y como los créditos, de acuerdo con los planes de estudio aprobados no pueden dejar de darse, la docencia se retrasa más y más y produce un calendario académico interminable, que hoy ya empieza el 31 de agosto y acaba el 11 de julio. El resultado es que un curso que es una sucesión interminable de estudiar apuntes para preparar exámenes, estudiantes con complementos de formación muy insuficientes, y un porcentaje de fracaso escolar universitario de los más elevados de Europa.

En cuanto a la cuestión crucial de la biblioteca, sólo cabe repetir argumentos. No hace muchos meses cierto boletín sindical presumía ante sus afiliados de que se había logrado suprimir el préstamo de libros domiciliario de los sábados, con lo que algunos administrativos no tenían que hacer turno el sábado; algo perfectamente loable, se decía, porque de hecho los estudiantes piden pocos libros los sábados. Este razonamiento es tan corriente como sin sentido, porque si los estudiantes piden pocos préstamos en fines de semana lo que hay que hacer es ver por qué no lo hacen, como debiera ser normal, pero no disminuir servicios. Cuando no hay tutorización, cuando el estudiante escribe poco, sólo estudia apuntes y organiza su trabajo académico no por semanas o quincenas sino por cuatrimestres, la biblioteca se hace menos necesaria. En cualquier caso una decisión así es de política académica, y algo tendrían que decir profesores y estudiantes.

El sistema bibliotecario, con una buena biblioteca central o varias de campus, tarda décadas en hacerse y en torno a él gira la docencia y la investigación en toda universidad que se precie. Y condiciona mucho la posibilidad de mejorar la práctica docente. Hoy el principal depósito de libros de la Universidad, la Facultad de Filosofía y Letras, sigue teniendo su primer edificio-biblioteca central en proyecto, y una buena parte de sus fondos lleva décadas fragmentada en numerosos y pequeños depósitos de libros. Hoy sólo una pequeña parte de todo el catálogo universitario está informatizada.

Para eliminar el culto a los apuntes y desarrollar una enseñanza interdisciplinar y participativa son necesarios grandes depósitos de libros y revistas con todos los servicios, donde profesores y estudiantes tengan acceso rápidamente a fondos variados para preparar trabajos académicos o temas de investigación.

La biblioteca además es imprescindible para el desarrollo de los estudios de tercer ciclo y la educación continuada. En las universidades francesas, británicas, alemanas, el número de estudiantes de tercer ciclo (doctorado, títulos

master y similares) alcanza ya el 20-30% y en algunos centros el 50% del total. En Zaragoza es sólo un 11%, aproximadamente, y habrá de aumentar notablemente en los próximos años.

Finalmente sin buenas y grandes bibliotecas todo sistema tutorial efectivo será simplemente imposible, porque exige un trabajo individual del estudiante con libros y fuentes más prolongado y más controlado por el profesor.

Por tanto, existe toda una gama de cuestiones que afectan a la práctica docente e investigadora en la Universidad cuya solución depende ante todo de una mayor conciencia autocrítica de la propia comunidad universitaria (profesores, estudiantes, administrativos). La Universidad con toda justicia ha de pedir y recibir más dinero, más medios y mayor atención hacia la labor social que desempeña, Pero también debería estimular la crítica constructiva y centrar la atención en problemas cruciales como los señalados, que hoy por hoy de tan graves simplemente parece que no existen, a pesar de los centenares de comisiones y decenas de juntas que trufan la vida académica.

(1.190palabras)